

Mona Kasten



CONFIAR



AGAIN

Ella ha renunciado al amor.
Él no dejará de intentarlo.

2

 Planeta

MONA KASTEN

AGAIN. CONFIAR

Traducción de Albert Vitó i Godina

Título original: *Trust Again*

© 2017 by LYXin Bastei Lübbe AG

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21408-3

Depósito legal: B. 15.782-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Había sido una idea descabellada intentar escribir en la cafetería.

Un fracaso absoluto.

Me quedé mirando al tipo que se había plantado delante de mí y me observaba con verdadera expectación, como si esperara que yo respondiera algo a lo que acababa de decirme. No sé qué le hizo pensar que lo había entendido. Debía de creer que poseía la extraordinaria facultad de leer los labios o algo así, porque mis auriculares tenían el diámetro aproximado de una pizza y pesaban al menos cinco kilos. Había invertido bastante dinero en ellos precisamente para que no dejaran pasar ni el menor ruido cuando tuviera que concentrarme.

Era por esa clase de cosas por lo que odiaba tanto escribir en lugares públicos. Por un lado, el nivel de volumen sólo era soportable con unos auriculares con cancelación de ruido y, por otro, siempre tenía que aguantar que alguien tuviera muchas ganas de charlar o de chocar contra mí en lugar de esquivarme. Ese tipo entraba en la primera categoría, de momento.

Era guapo, eso sí. Tenía el pelo cobrizo y unos bonitos ojos castaños. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camisa entallada que le quedaba bastante tensa por la zona de los hombros pero le sentaba fenomenal. Y, no sé por qué, en su presencia me sentí incómoda de inmediato.

Me aparté el auricular derecho de la oreja muy despacio.

—¿Cómo dices? —pregunté, ladeando la cabeza para intentar comprender mejor lo que me decía. En mi oído izquierdo Halsey seguía sonando a todo volumen.

El tipo me miró con los párpados medio cerrados.

—Vienes a menudo los viernes —observó, señalándome con la barbilla—. Ya me he fijado en ti un par de veces.

Era cierto, aunque tampoco se trataba de una decisión voluntaria. Personalmente prefería pasar el viernes por la tarde en mi cuarto de la residencia de la Woodshill University, pero por desgracia era una habitación compartida y mi compañera era una verdadera ninfómana.

—Sí. Sirven buen café —murmuré. La mirada que me dedicó el tío me incomodó de verdad. Era como si esperara algo de mí y ni siquiera contemplara la posibilidad de no obtenerlo.

Al oír mi respuesta fue él quien ladeó la cabeza. Su sonrisa se volvió más amplia.

—Tú no bebes café. La mayoría de las veces pides chocolate caliente. Pero pronto llegará el buen tiempo. Tengo curiosidad por saber lo que pedirás cuando llegue el calor.

Empezaron a sudarme las manos y tuve que tragar saliva. La situación me inquietaba cada vez más. Al fin y al cabo, yo no era de ese tipo de personas que se peleaban por conseguir una mesa cerca del inmenso escaparate del Café Patriot, sino que más bien solía buscar sitio en el piso superior, al fondo de todo, en un rincón y de espaldas a la pared. Ese recoveco, en el que sólo había una mesita redonda y una silla desvencijada, era como un escondrijo para mí. Nunca habría pensado que alguien hubiera estado observándome allí sentada.

Y la verdad es que me inquietó un poco.

¿Desde cuándo me tenía controlada? Joder, ¿debía de haber visto lo que hacía?

—Me encantaría descubrirlo —continuó él, bajando la voz una octava.

¿En serio? ¿Estaba intentando el numerito de la voz grave y la mirada seductora conmigo? Si se hubiera tratado de otra chica, tal vez habría funcionado, pero yo llevaba un año esquivando la compañía del sexo masculino como si se tratara de la peste.

—Te agradezco el interés —dije recogíendome el pelo en una coleta hacia un lado. Me lo estaba dejando largo y estaba en esa molesta fase intermedia en la que los mechones rojos se me metían en los ojos continuamente—. Pero no me parece una buena idea.

—Vamos —respondió, y enseguida se apoderó de una silla libre de la mesa de al lado para sentarse delante de mí, a horcajadas y con los brazos apoyados en el respaldo—. Se me da bien escuchar.

¿Cómo había llegado a la conclusión de que me apetecía hablar con él? Desvié la mirada para echar un vistazo rápido a mi portátil. Había tenido la precaución de utilizar un cuerpo de letra pequeño y de reducir al máximo el brillo, pero notaba en los dedos la necesidad imperiosa de bajar la pantalla de todos modos. No quería que nadie pudiera leer lo que había escrito. Todavía no, al menos.

Con un movimiento brusco, Grover me penetró y yo gemí en voz alta. Estuve a punto de correrme en cuanto oí el sonido casi animal que soltó.

Absolutamente nadie. Y mucho menos ese tío tan inquietante.

—¿Qué asignatura era? —preguntó señalando mi portátil. Fingiéndolo la máxima naturalidad, cerré la pantalla y me qui-

té los auriculares de las orejas, me los dejé colgando alrededor del cuello y usé las dos manos para apartarme el pelo que había quedado apresado debajo. Luego cogí mi bolsa del suelo para guardar a *Watson*, puesto que así era como había bautizado a mi gigantesco portátil nada más comprarlo, tres años atrás. Era realmente enorme, la pantalla debía de tener unas cien pulgadas y, como era lógico, pesaba un quintal.

El tipo me agarró de un brazo con suavidad.

—Eh, no pasa nada. No pretendía asustarte, ya me marchó —dijo, adoptando de repente un tono más conciliador y encogiéndose de hombros—. Es sólo que te veía tan aislada que he pensado...

De acuerdo, al oír eso ya no me pareció tan inquietante.

—Eres muy amable... —repuse, pensando que tal vez ya me había dicho cómo se llamaba.

—Cooper —dijo, terminando la frase que yo había dejado en el aire a propósito.

—Cooper —repetí con una sonrisa—. Oye, de verdad, me pareces un tío muy simpático, pero tengo que marcharme. Todavía tengo trabajo por hacer y aquí no consigo concentrarme.

Me liberé de su brazo y guardé el cargador en el bolsillo frontal de la bolsa del portátil.

—Podríamos repetirlo otro día que no tengas tanto trabajo pendiente —propuso.

Reprimí un suspiro y me levanté.

—Es que no... no me interesa. Lo siento.

Cooper también se levantó y aprovechó para examinar mi cuerpo.

—No creía que fueras así.

—¿Cómo dices? —repliqué, parpadeando con absoluta perplejidad.

—Sólo digo que no parecías de las que rechazan hasta la más

mínima oportunidad de divertirse —explicó, y de repente su mirada perdió la cordialidad demostrada hasta el momento y se volvió más bien altiva, despectiva—. Pero ya veo que eres una puritana. Lástima.

En pocos segundos, los puntos que Cooper había ido acumulando quedaron complementados con un rotundo signo negativo.

—Entonces rectifico, Cooper. No eres ni amable ni simpático —le espeté antes de terminar de recoger mis cosas, negando con la cabeza. Me colgué la bolsa del hombro y me dispuse a marcharme.

—No serás lesbiana, ¿no? ¡Porque entonces también podrías habérmelo dicho desde el principio!

Ese tipo era increíble.

—No, mi orientación sexual no tiene nada que ver. Que no quiera enrollarme contigo no significa, ni mucho menos, que no me gusten los hombres —siseé, abriéndome paso por su lado—. Como tampoco soy una puritana sólo porque no he caído en el truco de la voz grave y ese rollo tan pasado de moda de «llevo un rato observándote».

Más rápido de lo que creía que me permitiría el peso de la bolsa, bajé la escalera y salí de la cafetería.

Una vez fuera, aspiré el aire fresco de febrero. Todavía hacía algo de frío y, cuando exhalé de nuevo, de mi boca salió una nubecilla de vapor. Me saqué el gorro de lana color caqui del bolsillo de la chaqueta y me lo calé hasta las orejas para protegerme del viento cortante que soplaba en Woodshill. Después de envolverme también media cara con la bufanda, repasé mentalmente las opciones que me quedaban.

No podía volver a la residencia de ninguna manera. Mi compañera de habitación, Sawyer, tenía visita masculina una vez más, y ya había sido testigo de sus actividades sexuales con de-

masiada frecuencia. De hecho, ése era uno de los motivos por los que había decidido invertir tanto dinero en unos buenos auriculares. El riesgo de volver a encontrarme a un tío medio desnudo con la cabeza entre las piernas de Sawyer me hizo descartar la idea de regresar enseguida a la habitación.

A partir de ese instante, el Patriot quedaba tachado de mi lista de lugares en los que podía escribir. Mientras ese asqueroso todavía rondara por allí, no conseguirían hacerme entrar en esa cafetería de nuevo ni a rastras.

Una opción era la biblioteca de la universidad. Ese día no cerraban hasta las diez, pero, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo, tampoco era el lugar más adecuado: había mucha gente deambulando por allí y era fácil que alguien acabara echando una mirada furtiva a mi trabajo.

Hundí las manos en los bolsillos y, de improviso, mis dedos encontraron algo metálico y frío. Mis pensamientos más oscuros se iluminaron de inmediato. ¡Claro!

Hacía apenas dos meses que mi mejor amiga, Allie, se había mudado a su nuevo piso, a un cuarto de hora del campus universitario. Poco después de la mudanza me había dado un juego de llaves. Por un lado, porque yo era la tía oficial de su gato *Spidey* y cuando no estaba en casa me tocaba ir a darle de comer, pero también porque Allie estaba al corriente de la frenética actividad sexual de Sawyer y de ese modo me brindaba la posibilidad de buscar refugio en su casa si algún día mi compañera de habitación volvía a cerrar con llave y me dejaba fuera. No me había atrevido a recurrir a ese ofrecimiento más que en contadas ocasiones, pero ese día no me quedaba otra opción.

Me saqué el móvil del bolso y la llamé a casa. Al ver que no lo cogía, le escribí un mensaje para anunciarle que entraría en su piso.

De haber sido cualquier otra persona, me habría incomoda-

do depender tanto de alguien, pero tratándose de Allie lo veía de otro modo. La había conocido el semestre anterior, el primerísimo día de curso, durante las jornadas de presentación. Me había fijado en ella sólo porque me dio la impresión de que su aspecto transmitía justo lo mismo que sentía yo: parecía desesperada. Enseguida le hice señas para que se acercara a mí, y desde entonces hemos sido inseparables.

Allie vivía con su novio, Kaden, en un barrio muy bonito. Ese día, las zonas verdes todavía estaban cubiertas de escarcha, pero estaba segura de que con el paso de los meses recuperarían todo su esplendor y colorido. Su piso quedaba cerca de un pequeño parque, y gozaba de unas bonitas vistas al monte Wilson y los valles que lo rodeaban.

Hasta hacía un año me habría apostado el portátil a que jamás encontraría un lugar más hermoso que Portland. Sin embargo, toda aquella belleza estaba íntimamente vinculada a recuerdos que deseaba guardar en lo más hondo de mi memoria. Desde que vivía en Woodshill, no sólo había conseguido evitar que esos malos recuerdos afloraran, sino que además había logrado acumular un montón de vivencias mucho más agradables.

Cerré la puerta del edificio en el que estaba el piso de Allie y subí los escalones hasta la segunda planta. A esas alturas había pasado ya tanto tiempo en su casa que conocía el camino casi mejor que el de mi habitación en la residencia. Para abrir la puerta, primero había que tirar un poco de ella y luego empujarla con fuerza.

Nada más entrar, me recibieron los maullidos de *Spidey*.

—¡Hola?! —grité desde el pasillo. Dejé la bolsa en el suelo y me desabroché la chaqueta. Aún no estaba segura de si había alguien en casa, por lo que avancé con cautela hasta el salón.

Silencio.

Sólo se oía el suave ronroneo de *Spidey*, que ya se estaba frotando contra mis piernas. Con cuidado, pasé la mano por encima de su lomo atigrado y rojizo. De inmediato, una sonrisa apareció en mis labios y recogí a *Watson* para instalarme en el sofá del salón.

No obstante, lo que vi a continuación superó la peor de las circunstancias que podría haber imaginado.

Un pene.

Eso fue lo primero que vi.

En mi campo visual apareció un pene que, además de ser bastante grande, estaba erecto, duro, listo para entrar en acción.

Abrí unos ojos como platos y me quedé mirando a Kaden, que reaccionó a mi presencia quedándose boquiabierto. Transcurrieron unos segundos durante los cuales yo intenté no seguir mirando, pero él estaba desnudo y los ojos no me respondían, de manera que tardé un rato en conseguir cerrarlos.

Joder, cuánto deseé que se me tragara la tierra.

—¿Kaden?

Era la voz de mi mejor amiga, que lo llamaba desde el dormitorio.

Eso bastó para hacerme reaccionar.

Di media vuelta, tropecé con *Spidey*, porque todavía tenía los ojos cerrados, y salí corriendo del piso tan rápido como pude. Kaden exclamó algo a mi espalda, pero yo sólo quería desaparecer de allí cuanto antes. Mis pasos sobre el granito de los escalones resonaron por los rellanos hasta que, de repente, choqué con fuerza contra la espalda de alguien.

El impacto me dejó aturdida, y enseguida noté un dolor intenso en la cara. Me tambaleé hacia atrás, intentando agarrarme a algo para no caer al suelo. Al final intenté aferrarme al tipo contra el que había chocado, pero sólo conseguí que él también terminara perdiendo el equilibrio. Por suerte, en el último mo-

mento decidió soltarme para no caer encima de mí. Qué consideración, por su parte.

Mientras trataba de levantarme, taché mentalmente ese día de mi calendario imaginario con una gran cruz roja.

Ay. Tenía la sensación de haberme roto la nariz, la rodilla y tal vez incluso unas cuantas costillas.

—Mira que llevaba tiempo deseando que cayeras de una vez, pero nunca de un modo tan literal —dijo desde el suelo.

Volví a tachar el calendario con una segunda cruz de color rojo. Y luego añadí un círculo negro bien gordo y un emoji, el del monito que se tapa los ojos.

Con un brazo, me aparté los mechones pelirrojos de la cara y de repente descubrí unos resplandecientes ojos de color azul oscuro. Conocía de sobra ese brillo pícaro tan característico, igual que aquella voz aterciopelada, aquella manera de levantar las comisuras de los labios y el pelo negro y rebelde, que casi siempre iba a su aire.

Spencer.

Había chocado contra la mejor de mis peores pesadillas. Era el único chico que me había hecho dudar sobre el celibato que me había autoimpuesto desde que había cortado con mi ex.

—Creo que me he roto la nariz —gemí, sacándome del ojo un mechón que había escapado de la coleta. El airecillo que levantó el movimiento bastó para reavivar todavía más el dolor del golpe.

Una mano subió desde mi cadera hasta mi cara y palpó la zona con cuidado. Más allá de las punzadas de dolor, noté un cosquilleo en la piel.

—No tienes nada roto.

La seguridad con que lo afirmó me dejó desconcertada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con un interés genuino.

Su otra mano regresó a mi cadera como si ése fuera el lugar

al que pertenecía. Con confianza. Con seguridad. Y sin embargo yo seguía incapaz de ponerme de pie de nuevo.

—Me rompí la nariz una vez —explicó Spencer volviendo la cabeza hacia un lado para que pudiera observar su perfil—. ¿Lo ves?

Realmente, tenía un bultito diminuto en lo más alto del dorso de la nariz. Mi mirada actuó por su cuenta y siguió la marcada línea de su mentón hasta su boca antes de volver a subir. En mi pecho se revolvió algo y por fin me desperté del trance.

Con cuidado, me levanté del suelo.

—Lo siento, no pretendía atropellarte de ese modo.

Él también se puso de pie, todavía con aquel esbozo de sonrisa en los labios. Enseguida se llevó un antebrazo a la barriga y negó levemente con la cabeza.

—Ha sido un honor, Dawn —dijo en cuanto me hube incorporado del todo.

Spencer era alto, mucho más alto que yo, aunque teniendo en cuenta mi mísero metro cincuenta y ocho tampoco es que tuviera mucho mérito.

—Si alguna otra vez me necesitas como muro personal, llámame. Ya tienes mi número —añadió, mostrando con una sonrisa una hilera de dientes blancos y bien colocados.

Una vez más, algo se removió dentro de mi pecho, y en esa ocasión llegó acompañado de un significativo revoloteo en la barriga.

«Maldito seas, Spencer Cosgrove.»

Cuando lo vi por primera vez, la única palabra que me vino a la mente fue: «Mierda».

Por si fuera poco, lo confundí con Kaden, y por aquel entonces éste no trataba precisamente bien a Allie, de manera que lo primero que hice fue pegarle la bronca. Sin embargo, mis palabras no consiguieron más que una amplia sonrisa como res-

puesta, y a aquella primera palabra se le sumaron dos más: «Putamierda».

Allie se apresuró a aclarar el malentendido, aunque a mí me habría gustado seguir metiéndome con él. Más que nada, porque eso me habría concedido la maravillosa oportunidad de seguir ignorando lo evidente: que Spencer estaba buenísimo.

Estaba más bueno de lo que convenía, teniendo en cuenta las circunstancias. Yo no quería que me gustara, pero era inevitable, por mucho que lo intentara.

—¿Dawn? —insistió él, arrugando levemente la frente—. ¿Todo bien? Espero que el golpe que te has llevado en la cabeza contra mi pecho de acero no haya sido demasiado fuerte —bromeó. Estaba claro que no podía evitar burlarse de todo cuanto se le ponía por delante.

Spencer no era de constitución muy fuerte, aunque eso no le restaba el más mínimo atractivo. Todo lo contrario. Tenía el cuerpo esbelto y fuerte de un corredor de fondo, y era muy proporcionado: ni demasiado gordo, ni demasiado delgado. Un término medio perfecto. Simplemente... «¡Ay!»

—Me alegro de haber chocado contra tu cuerpo hercúleo y no contra una pared —respondí casi sin aliento. Busqué a *Watson* con la mirada, temía que se hubiera llevado un mal golpe. Sólo me quedaba la esperanza de que el acolchado de la bolsa hubiera cumplido con su cometido, porque no tenía suficiente dinero para comprarme un portátil nuevo.

—¿Estabas en casa de Allie? —preguntó Spencer. Su brazo apareció de repente en mi campo visual para recoger a *Watson* y, con la otra mano, sacudir unas manchas de polvo que habían ensuciado la bolsa de color negro.

Su pregunta me recordó el motivo que me había impulsado a huir a toda prisa. Me lo quedé mirando con unos ojos como platos.

—¡No puedes subir ahora! —dije negando con la cabeza de

un modo frenético. El pelo se me revolvió por completo y un mechón se me quedó pegado entre los labios. Lo escupí y saqué la lengua para librarme de él.

Spencer arrugó la frente una vez más.

—Kaden y yo hemos quedado para trabajar en un proyecto.

Quería avisarlo de que no era un buen momento, de que estaba ocupado, de que los dos estaban ocupados, o cualquier otra cosa que sonara cordial, pero de mis labios sólo acabaron saliendo dos palabras:

—El pene.

Spencer parpadeó perplejo.

—¿Qué?

Como un disco rayado, me limité a repetir las mismas palabras, aunque esta vez levantando la voz:

—¡El pene!

—Por mí, ningún problema. Yo te presento a Cosgrove Júnior con mucho gusto, pero tal vez sería mejor en un lugar un poco más discreto, ¿no crees? —dijo encogiéndose de hombros con indiferencia—. Pero bueno, tampoco es un problema si quieres vérmelo aquí mismo. Tarde o temprano tenía que llegar ese momento.

Spencer se agarró el cinturón y se dispuso a desabrochárselo. Le cogí las manos enseguida para evitarlo.

—No me refiero a tu pene, idiota —siseé—. Kaden estaba desnudo cuando he entrado en el piso. Creo... que ahora mismo no es un buen momento para molestarlos.

Spencer apretó los labios, pero sus hombros empezaron a subir y a bajar de todos modos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Ya puedes reír, ya —dije a la vez que le soltaba las manos de forma brusca.

Eché la cabeza hacia atrás y dejó escapar una sonora carcajada que se apoderó de toda la escalera y me provocó un escalofrío. Lo odié un poco por eso.

Frustrada, solté un suspiro y dejé el portátil en el suelo.

—Hoy no es mi día.

—¿Qué tenías que hacer? —preguntó Spencer en cuanto sus risotadas se hubieron fundido en una amplia sonrisa.

—Todavía debo trabajar un poco y no tengo ni idea de adónde ir —respondí.

—¿Y por qué no vuelves a la residencia? —preguntó mientras jugueteaba con la cremallera de su chaqueta negra.

Le daba la vuelta, la subía un trecho y luego volvía a bajarla. Típico de Spencer, era incapaz de estarse quieto ni un instante. Seguramente no sabría quedarse inmóvil aunque su vida dependiera de ello. Tenía demasiada energía contenida, de manera que se ponía a jugar con cualquier cosa que tuviera al alcance de la mano. Siempre que quedábamos con Allie para estudiar en su casa y Spencer había ido a ver a Kaden, nos ponía de los nervios que no pudiera parar de repiquetear contra los libros con los dedos, de utilizar los lápices como baquetas o de abrir y cerrar los bolígrafos una y otra vez.

Al principio me había parecido curioso. Por un lado me había irritado que me pareciera tan increíblemente atractivo, pero al mismo tiempo me ponía nerviosa que no parara de moverse ni un segundo. Sin embargo, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me acostumbraba a esos tics, y a esas alturas, Spencer se había convertido ya en uno de mis mejores amigos.

Pero sólo un amigo. Nada más.

—Sawyer está... ocupada. O sea que me he instalado en una cafetería, pero no podía concentrarme. Más que nada porque había un tío muy raro que insistía en invitarme a un café. Por eso he venido aquí, porque pensaba que Allie y Kaden no estarían en casa —expliqué.

—No me digas que también has sorprendido a Sawyer en pleno... —dijo, conteniendo la risa de nuevo.

—¡No! —exclamé levantando la cabeza de golpe—. No, nada de eso.

Los ojos se le iluminaron de repente, y me quedó claro que mi respuesta no lo había dejado del todo convencido.

—Si quieres, puedes venir a mi casa.

Estaba a punto de declinar la oferta cuando recordé que todavía no había estado en casa de Spencer. Pertenecíamos al mismo grupo de amigos y pasábamos mucho tiempo juntos, pero nunca quedábamos en su casa. A decir verdad, sentí un poco de curiosidad por saber por qué nunca nos invitaba a ir.

Aun así, no podía aceptar su propuesta. En lo más hondo de mi ser, algo se oponía a pasar tiempo a solas con él. No es que se diera el caso muy a menudo, pero cuando sucedía, siempre tenía que controlarme mucho para no quedarme mirándolo fijamente. En presencia de nuestros amigos, en cambio, me parecía más sencillo actuar con normalidad.

—No sé...

Se inclinó hacia mí hasta que quedó muy cerca.

—¿Por qué no? —preguntó examinando mi rostro con aire reflexivo. Estaba cerca de mí, demasiado cerca.

El corazón me dio un vuelco a pesar de que se lo tenía prohibido, puesto que no quería que reaccionara de ese modo ante nadie. Maldito corazón traidor. Tanto abrigarlo y cuidarlo para que luego me traicionara de ese modo.

—Porque... —empecé a decir, y tuve que aclararme la garganta al ver que se acercaba un poco más.

Por supuesto, el instinto tomó las riendas ante su olor y su carisma, algo que ni yo ni mi determinación podíamos controlar. Necesitaba un poco de distancia si quería evitar que el calor que empezaba a sentir en la barriga subiera hasta mis mejillas y me las dejara coloradas como un pimiento. A algunas chicas les quedaba bien ese tono sonrojado, les daba un aspecto adorable,

como si acabaran de volver de un bonito paseo invernal. A mí, en cambio, me salían unas manchas preocupantes en el cuello que luego se iban distribuyendo de manera irregular por toda la cara. Es decir, todo lo contrario de algo atractivo o adorable. Además, por encima de todo, no quería ponerme colorada delante de Spencer.

Como si me hubiera leído el pensamiento, enderezó la espalda de nuevo y levantó mi bolsa del suelo con un movimiento veloz.

—¡Eh! —exclamé dando un salto. Cogí mi chaqueta y me la enfundé en un instante. Cuando me volví, él ya estaba bajando por la escalera—. ¡Devuélveme a *Watson*!

En el siguiente rellano, se detuvo y se me quedó mirando.

—¿*Watson*? ¿Como John Watson?

Asentí y me envolví el cuello con la bufanda mientras Spencer resoplaba.

—No te imaginas las ganas que tengo ahora mismo de pedirte que salgas conmigo.

Solté un suspiro de resignación. Llevaba así medio año. Me pedía que saliéramos juntos casi a diario, y cada vez le respondía que no. Yo no salía con nadie. No quería salir con nadie. Y me daba igual lo mucho que el cuerpo me lo pidiera: no pensaba dejar que ningún chico volviera a entrar en mi vida.

—Ya sabes cuál es la respuesta —dije subiendo un escalón por encima de él, de manera que quedamos más o menos a la misma altura.

Todo cuanto veía era azul. Un color azul profundo y una amplia sonrisa.

—Pero vienes de todos modos, ¿verdad?

—No me queda otro remedio, ¿no? —repliqué.

Se dio media vuelta y saltó el resto de los escalones que le quedaban por bajar, con *Watson* bajo el brazo a modo de rehén.

Ésa fue su única respuesta.